

LUIS HERRERO



DONDE
LA TIERRA
SE ACABA

La primera vez que David McFarlan oyó hablar de Finisterre, Cynthia le explicó que cuando la tierra era plana, el mundo se acababa allí. Las almas iban al mar en busca de la vida eterna a bordo de barcos que se despeñaban en el abismo de la nada.

Cynthia...

La mujer que había iluminado la mejor época de su vida murió por su culpa. Él la mató. Su brillo se perdió entre las sombras.

Ya habían pasado más de tres años desde que abandonó Estados Unidos para esconderse de sus demonios en la aldea asomada al confín del mundo, pero sabía que las cosas no cambian, antes o después regresan a su destino.

Índice de contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Epílogo

Sobre el autor

*Para José Luis Garcí, el
anciano de mi tribu.
Modelo de independencia.*

1

Lira, cerca de Finisterre. 17 de diciembre de 2019

Aquel martes de diciembre el cielo no estaba de buen humor. El viento de poniente arrastraba hacia la costa un manto de nubes color ceniza y la luz de la aurora apenas encontraba resquicios para imponerse a la oscuridad. De vez en cuando, algunos destellos luminosos tintaban de nácar nimbos pequeños. Pero eran reflejos fugaces. Luego los claros se cerraban de nuevo y el manto de nubes volvía a oscurecerse.

David McFarlan, de pie sobre la arena húmeda de la playa de Lira, trataba de rescatar de la penumbra los colores que almacenaba su memoria. Al cerrar los ojos, el gris cobalto del mar se tornó azul marino. Las crestas de espuma, de plata ennegrecida, se volvieron blancas como la sal, y los farallones de roca comenzaron a brillar como huesos de albaricoque. Cuando los abrió de nuevo, todo volvió al color del acero pulido. Entonces acudieron a su cabeza las palabras del abad Ismael: «De los regalos que la naturaleza hace al hombre, ninguno es comparable al de la radiante luz del sol».

Al evocar al anciano sacerdote de Muxía, una sensación de angustia mezclada con una dolorosa contracción en la boca del estómago se apoderó de él. Algunos de sus consejos aún pugnaban por modelar el dictado de su conciencia. «Nada funciona –le dijo la primera vez que

hablaron—, pero hay que levantarse cada mañana con el ánimo de que todo puede cambiar».

Hacía falta una fe que McFarlan no tenía para aceptar esa pauta de conducta. Ya habían pasado tres años desde que llegó a aquella aldea que se asomaba al confín de la tierra conocida y sabía que los días de luz y las nubes de nácar eran breves intervalos de un sol que siempre acababa devorado por las tinieblas. Las cosas no cambian, antes o después regresan a su destino.

Esa ley implacable fue la que le condujo al lugar que los griegos llamaban la tierra de los muertos. Cynthia Donaldson, la mujer que había iluminado los dos mejores años de su vida, murió por su culpa. Él la mató. Su brillo se perdió entre las sombras.

De pronto, la voz de Cynthia se encaramó a la rompiente y su cuerpo imaginario brotó del dique donde se levantaba el agua. La vio con cara de búho y cuerpo de mujer, como si fuera la meiga de mal agüero que anuncia a quien la ve la llegada de su propia muerte. Para él, sin embargo, su visión no significaba el presagio de un destino trágico. Ya no tenía ningún sentido aferrarse a la vida. El único amor que le importaba le aguardaba al otro lado del espejo.

—Post mortem dileximus —dijo en voz alta.

La primera vez que Cynthia le habló de Finisterre le explicó que cuando la tierra era plana, el mundo se acababa allí. Las almas iban al mar en busca de la vida eterna a bordo de barcos que se despeñaban en el abismo de la nada.

Dickens, con la cabeza ladeada, comenzó a ladrar con impaciencia. Una sombra se desplazaba a la carrera por la orilla del mar. McFarlan escrutó la penumbra y al cabo de unos segundos distinguió la silueta de Manuel Cabaleiro, el sargento de la Guardia Civil del puesto de Muxía. Cabaleiro vivía en Portocubelo y casi todas las mañanas, al amanecer, aunque cayeran chuzos de punta, salía a correr por la playa de Lira. Después, se duchaba, daba cuenta de un

buen desayuno, subía a su pequeño Fiat 500 de color rojo y enfilaba la carretera local 550 hasta llegar al cuartelillo. El viaje, de cuarenta y cinco kilómetros, rara vez se demoraba menos de una hora.

Desde la lejanía, avisado de la compañía por los ladridos de Dickens, el sargento alzó el brazo para saludar a McFarlan. Era un hombre alto, de pelo rubio, con perilla bien recortada sobre una tez oscura, labios gruesos y brazos de acero. Rondaba los cuarenta. McFarlan le devolvió el saludo agitando la palma de la mano.

A pesar del intercambio de gestos amistosos, Dickens no dejó de ladrar. Era un retriever de color arena que recelaba ruidosamente de cualquier peligro potencial. Y, para él, todos lo eran. Sin embargo, la primera caricia le hacía bajar la guardia y su desconfianza inicial se transformaba en rendida mansedumbre. No había perro más zalameo y agradecido que él con los hombres untuosos. McFarlan creía que lo habían maltratado siendo un cachorro y que arrastraba desde entonces traumas instintivos. Lo encontró en un descampado, abandonado y famélico, a los pocos días de llegar a Lira. Vio en él la horma de su zapato. Creyó que si le ayudaba a recuperarse también se ayudaría a sí mismo.

–*Cala, can do diaño!* –le ordenó McFarlan con tono imperativo.

Pero el perro no obedeció. Esa era otra de las cosas de Dickens que a McFarlan le sacaba de quicio. Si esa misma orden se la hubiera dado cualquier otra persona, el animal hubiera dejado de ladrar al instante. No era capaz de entender que su marcado acento americano convertía las voces gallegas en sonidos indescifrables. Por muy desarrollado que estuviera el sentido del oído canino, la capacidad de identificar pronunciaciones tan dispares quedaba fuera de su alcance.

McFarlan se acuclilló delante de Dickens y mirándole directamente a los ojos repitió la orden en un castellano

de sonoridad bostoniana:

—¡Cállate, perro del demonio!

El perro aún respondió con ladridos más impacientes. Entonces recurrió a la técnica que había aprendido en los últimos meses: puso la mano izquierda bajo su hocico y lo acarició suavemente con los nudillos. Los ladridos cesaron de inmediato. Era un método infalible. La mujer que se lo enseñó sabía cómo tratar a los seres desamparados, de eso no cabía duda.

Al recordarla se puso en pie.

Las olas rugieron como lamentos furiosos.

Su ritmo cardíaco se aceleró de golpe.

Ocho meses antes, aquel mismo mar la había escupido a la orilla de la playa como si fuera el resto de un naufragio. La primera vez que la vio, tendida en la cama, su piel estaba tan pálida que parecía tintada por una lechada de cal. Aún dormía. Mechones dorados, apelmazados por la humedad, ocultaban sus párpados. Había tanta placidez en su semblante que irradiaba luz de otro mundo.

A Cynthia también la había iluminado por dentro aquella misma luz. No cabía duda de que ambas mujeres eran seres luminosos que procedían del mismo planeta. Su mero recuerdo le obligó a entornar los ojos para que su destello no le cegara. Iguales en todo, casi idénticas, las dos habían alumbrado su vida con una intensidad parecida antes de desvanecerse.

Las dos fueron soles devorados por las tinieblas.

McFarlan concentró toda la energía que le quedaba en no bostezar. Se sentía exhausto, agotado. Era como si su cerebro estuviera envuelto en lana, y tenía la sensación de que sus ojos irritados eran demasiado pequeños para sus cuencas. Absorto en ese pensamiento, observó la playa por última vez.

Dickens correteaba a su alrededor, olisqueando barrotes y correhuelas. El viento acarrea la arena hacia el pequeño terraplén, tachonado de camariñas y lirios marinos,

que se elevaba hasta alcanzar la meseta ajardinada que rodeaba la casa. Cuando McFarlan dio media vuelta, el océano bramó a su espalda. Él lo tomó como una despedida y musitó un gruñido imperceptible a modo de respuesta.

Comenzó a caminar con determinación. Escaló el desnivel con largas zancadas y se dirigió hacia la entrada de una pequeña cabaña rectangular de madera oscura y techumbre a dos aguas que desafiaba la cercanía del mar con descaro. A la izquierda de los peldaños que subían al cobertizo, junto a un camino de lajas color malva, crecía una higuera de ramas lisas. McFarlan arrancó de cuajo una de las que se abrían hacia el exterior y entró en la casa con ella en la mano. Las cañas le miraban con malicia desde los acantilados.

Las baldosas de la cocina estaban heladas bajo sus pies descalzos. Le sirvió comida a Dickens, calentó en el microondas el café que quedaba en la cafetera y bebió un sorbo. Luego rebuscó en los cajones de la encimera y eligió un cuchillo de hoja afilada. Con él limó los codos de los brotes más pequeños de la rama, la recortó para que midiera aproximadamente un metro y talló la punta en forma de horquilla dejando que los lados de la uve apenas sobresalieran unos milímetros del vértice. Cuando obtuvo lo que buscaba cruzó la puerta de cristal de la cocina y se sentó frente a su mesa de trabajo, situada en uno de los costados de la estancia principal.

La cabaña solo tenía tres habitaciones. El dormitorio, con baño incorporado, estaba en la parte posterior. La cocina ocupaba el lateral de la izquierda. El habitáculo más grande, casi cuadrado, albergaba todo lo demás: salón, estudio, comedor y sala de billar.

Había libros distribuidos por todas partes. De derecha a izquierda y de arriba abajo. Estaban embutidos en las estanterías que cubrían de techo a suelo las paredes del salón, esparcidos sobre la mesa del comedor, apilados en

el suelo y tirados en los asientos. Cuando McFarlan estaba pasado de alcohol, que era casi siempre, lanzaba los libros al aire y los dejaba caer a plomo sobre el suelo. Luego los dejaba en el sitio y la postura que determinaba el azar. Los dos únicos sillones desocupados eran los que miraban a la chimenea. El hogar era de piedra y una traviesa de madera rústica embellecía el borde superior de la garganta.

Alrededor del billar no había demasiado espacio para moverse. Las pilas de libros que estaban pegadas a las paredes rodeaban el perímetro de la mesa por tres de los cuatro lados del rectángulo, delimitando un pasillo de un par de metros de ancho. El otro costado, libre de obstáculos, comunicaba directamente con el estudio de McFarlan. La mesa había sido el tablero de un buque de bandera inglesa que se fue a pique en 1982. Un amigo lo encontró en la playa, lo limpió con alcohol de quemar y lo barnizó con aceite de Tung. Tenía cantoneras doradas en las esquinas y refuerzos de hierro en la estructura para darle consistencia. McFarlan se la ganó en una inolvidable partida de póker: escalera real frente a escalera de color, un golpe de fortuna sin precedentes que a McFarlan le hizo soñar con la llegada de tiempos mejores. Pero la racha no tuvo continuidad y su vida regresó a la pesadumbre de siempre.

El escritorio estaba tan desordenado como el resto de la habitación. Alrededor de la máquina de escribir había papeles convertidos en gurruchos esféricos, libros abiertos boca abajo, media docena de rotuladores sin caperuza y dos vasos de licor con restos de orujo blanco. Muy pegada al borde superior de la mesa, haciendo la función de pisapapeles de un mazo de folios mecanografiados a doble espacio, sorprendía la presencia incongruente de una Browning de caza del calibre 20 con la báscula niquelada. A su derecha estaba el teléfono. Una luz parpadeaba. Alguien había dejado un mensaje. Y dado lo intempestivo

de la hora, McFarlan sabía perfectamente que solo podía tratarse de su agente.

«Me dijiste que habías enviado el borrador de la novela por correo, pero aún no he recibido nada. Mi paciencia tiene un límite, David, y tú casi lo has colmado».

La voz de Patricia Belasco sonaba exageradamente digna, como si hubiera querido exteriorizar su enojo de una forma civilizada. El tono de sus palabras sugería que su paciencia, en efecto, había llegado al límite. Necesitaba pruebas fehacientes que acreditaran que McFarlan había terminado de escribir el libro por el que la editorial le había pagado un buen anticipo. Ella sospechaba que aún no había escrito ni una sola línea, a pesar de que él le dijo un mes antes que el primer borrador ya iba camino a Nueva York por correo ordinario. McFarlan no tenía ordenador, y por lo tanto carecía de correo electrónico. Tampoco usaba teléfono móvil, ni tarjetas de crédito. Había proscrito de su vida cualquier dispositivo tecnológico que pudiera delatar las coordenadas de su paradero.

«Aún no he recibido nada...».

Sí, lo del envío postal fue otra mentira. Al escuchar el mensaje de Patricia por segunda vez, McFarlan sintió el ascenso de la culpa por su garganta como un reflujo ácido. Patricia Belasco había sido su agente desde el inicio de su carrera como escritor. Gran parte del éxito de su primera novela era mérito suyo. Como buena puertorriqueña tenía un temperamento combativo, de sangre caliente, que la llevaba a defender con pasión las causas en las que creía. Y, al principio, nadie creyó más que ella en la causa de David McFarlan.

–Eres condenadamente bueno, Dave. Nadie explora las emociones humanas con un cinismo tan tierno y embaucador como el tuyo. Quien no te conozca pensará que eres una buena persona.

Hubo un tiempo en que Patricia también pensó que McFarlan era una buena persona. Empezó a llamarle Dave

la misma noche que se besaron cuando ella tenía dieciséis años. Su padre había enviudado pocos meses antes y ella tuvo que internarlo en un sanatorio cuando empezó a perder la cabeza. Fueron a visitarle aquella tarde.

–Si te acuestas con mi hija –le dijo a McFarlan– no vuelvas por aquí nunca más o te partiré las piernas.

Esa misma noche se quedó a dormir en su casa.

«Los vientos grises, los vientos fríos / soplan donde yo voy. / Percibo rumores de muchas corrientes / en lo profundo. / Todo el día y toda la noche, escucho / cómo fluyen de aquí para allá...».

Cuando Patricia comenzó a recitar el poema de Joyce, McFarlan posó sus labios sobre los de ella. Sus cuerpos se acercaron hasta fundirse en un abrazo. Mientras la desnudaba, le susurró al oído:

–Todas las corrientes profundas que fluyen por mis venas me llevan a ti.

Patricia se enroscó a su cuello y le respondió:

–Medea ha dormido a la serpiente que protege lo que tanto deseas. Soy toda tuya, Dave. Y lo seré para siempre.

Veinticinco años después, en la voz de Patricia Belasco ya no quedaba ningún vestigio de pasión. El resto del mensaje del contestador solo reflejaba decepción y desesperanza:

«Cuando almorzamos el mes pasado en Santiago de Compostela pensé que las cosas estaban mejorando. Creí que querías tener la mente despejada para cuando Ingrid Bergman volviera a encontrarse con Bogie en Casablanca. Pero estaba equivocada. No sé qué ha pasado, Dave, pero no puedo seguir esperando un milagro que no se va a producir. Si no lo haces tú, nadie lo hará en tu lugar. Solo tú puedes lograr que las cosas cambien».

McFarlan cogió la taza de café entre las manos y miró hacia la penumbra del jardín, pero solo vio el reflejo iluminado del interior del salón en la ventana de la cocina. Tuvo

que obligarse a aceptar que aquel hombre de ojos hundidos que le devolvía la mirada era él mismo.

Eligió un folio en blanco y comenzó a escribir con letra apresurada. Rellenó las dos caras sin un solo tachón. Firmó la carta, la releyó despacio, la dobló en cuatro partes y la metió en un sobre. Luego fue a una de las estanterías y buscó el ejemplar de *Los héroes griegos*, de Karl Kerényi. Sabía dónde encontrarlo. Lo abrió al azar y guardó el sobre entre sus páginas.

Después acudió al dormitorio, se quitó la ropa y se puso debajo de la ducha. La sensación del agua tibia resbalando sobre su cuerpo le recordó que hay pequeños placeres por los que merece la pena seguir con vida. Luego se enjabonó la cara con brocha y se afeitó con cuchilla de barbero. Eligió ropa limpia –camisa blanca de franela y pantalones de pana de color hueso– y regresó a la cocina. Sirvió dos tazones de café y los puso encima de la mesa, uno enfrente del otro, como si estuviera aguardando a que alguien viniera a hacerle compañía. Se sentó en la silla más cercana a la puerta y bebió lentamente de su taza mientras observaba cómo humeaba la de su acompañante imaginario.

Durante los ratos que estaba sobrio, el sabor del café le transportaba a una época lejana en la que, siguiendo los consejos de Rilke, excavaba en sí mismo tratando de averiguar si debía convertirse en escritor. Pasaba horas en vela, desde que salía el sol hasta el amanecer del día siguiente, tratando de construir su vida de acuerdo a esa necesidad. Le bastaba con que al final del esfuerzo una sola línea de las que había escrito fuera lo bastante buena. Era el café lo que le mantenía despierto. Gracias a él la vigilia llegó a ser más poderosa que el sueño.

Cuando apuró su taza, cogió la otra, todavía humeante, y la tiró al cubo de la basura sin vaciarla.

Luego volvió de nuevo a su escritorio. Sentado en su silla de trabajo contempló con distante emoción el Naci-

miento que le había regalado el abad Ismael durante su primera Navidad en Lira. La Virgen María, San José y el Niño ocupaban un viejo establo de madera. Cada año, el monje se encargaba de colocarlo donde McFarlan pudiera verlo, con la esperanza de que su contemplación llevara algo de paz a su alma atribulada.

–Paz a los hombres que ama el Señor –le dijo el sacerdote cuando lo llevó a la cabaña por primera vez.

–¿Y qué pasa con los otros hombres? –preguntó McFarlan con retadora ironía.

–No hay otros hombres. El Señor es el Sumo Hacedor de todo lo creado y ama por igual a todas sus criaturas. Así que el significado del saludo navideño es sencillo: paz para todos. Sin excepción.

–¿También para los tramposos y los indignos?

–El ángel dirigió ese saludo a los pastores de Belén, que eran la escoria social de su época. Sus coetáneos les consideraban tan poco de fiar que en los pleitos judiciales ni siquiera se les admitía como testigos. Para Dios no hay seres indignos.

–Yo lo soy.

–Lo que tú creas no importa demasiado. Nadie es buen juez de sí mismo. Dejarás de pensar así cuando consigas perdonarte y encuentres la paz que buscas.

–Yo no busco la paz, padre. Solo busco el olvido.

–Entonces buscas algo imposible. Dios no olvida jamás a ningún hombre. La paz es un regalo de Navidad. Quedarse en paz significa quedarse sin deudas. Desde la primera Nochebuena, Navidad y paz son las dos caras de la misma moneda. Espero que este Nacimiento te ayude a recordarlo.

Aquella conversación siempre ocupó un lugar destacado entre sus recuerdos más doctos. Por un instante, el hecho de revivirla hizo que le flaquearan las fuerzas. Sintió en su interior un impulso desconcertante y decidió cortarlo de raíz. Sabía que si lo dejaba crecer acabaría adueñán-